

Y del trasiego continuo de una acera a otra y de casa a casa en intercambio permanente de noticias y motivos de regocijo. El Paseo vivía, el Paseo no se enfriaba a ninguna hora del día ni de la noche, el Paseo tenía todo el calor y el bullicio de un patio de vecindad; era como una casa de corredor de Lavapiés, era un rincón de los ba-

rrios bajos de Madrid donde se hablaba claro y se expresaba el sentir sin temor a malos entendidos, pues todo el mundo estaba al cabo de la calle y amparaba con su intención la ajena.

Pero siempre ha preocupado en las alturas la estación de Alcázar, aparte de la obsesión que constituyó en la época de Raboso y según



*El muelle con su entrada en el rincón del Paseo donde se puso desde el primer día. En el fondo, a la izquierda, cobijada por los árboles está la casa del guarda.*

*La diferencia, bien apreciable, es que antes era un hervidero de trajines que no permitían transitar y ahora se puede tomar el sol en él como ha hecho Pitos al tomar estas fotografías.*

mos la duda, reconociendo que Don Joaquín no toleraba intromisiones ni suplantaciones y si no, recuérdese lo que hizo con Guerrero al que sustituyó en la alcaldía en otra ocasión, por lo cual es más probable que fuera él mismo el que pronunciara esa frase.

Esta noticia había aparecido mucho antes en las interesantes publicaciones que Don Natalio Rivas dedicó a la política del siglo XIX y concretamente en las «Últimas horas de Amadeo en España».

Don Natalio dice también que se habilitó una silla de manos y entre cuatro lacayos de uniforme bajaron a la Reina al coche. La comitiva bajó a la estación del Norte y por la vía de circunvalación se trasladó a la estación del

Mediodía, todo sin honores. Al llegar a Aranjuez, no obstante ser sitio real, tampoco había nadie y el descuido había sido tan punible que la reina no pudo tomar ni una taza de caldo, porque unas botellas que se habían preparado se quedaron olvidadas en Palacio. Sobre lo de Alcázar referido anteriormente, que es común a Don Melchor y a Don Natalio, este último agrega que obedeciendo instancias del Gobierno, los recibió el presidente de la Junta revolucionaria, que había ordenado se preparara un almuerzo que se distinguió por su modestia y frugalidad. En Ciudad Real en cambio acudieron todas las autoridades y se le rindieron honores y al pasar la frontera portuguesa por Elvas los esperaba todo el elemento oficial y las fuerzas del